

# Entre epitafio y epígrafe

*L*a escritura, una de las artes más difíciles, supone, además del ejercicio de la reflexión, el ejercicio que compromete la oscilación entre la razón y la voz, entre la voz y la *palabra escrita*; de la *ousia* a la *phoné* y de *phoné* a la *grammata*. Transitamos de esa voz, al inicio interior, a esa palabra solidificada, fijada. La forma más difícil y, a la vez, más sutil de escritura, indudablemente, es la aforística, pues, además de lograr la oscilación de las palabras, pretende que dicho arco de fluctuación sea breve; escritura que mediante la brevedad pretende el transporte del hombre nuevamente a su interioridad recóndita, buscando hilvanar sentidos para la existencia.

El libro de Mijail Malishev, *No sólo del sentido común vive el hombre* está escrito con un agudísimo tino, a través de un bello estilo aforístico. Justo al inicio del libro se puede leer lo siguiente: “Un buen aforismo es aquel que es capaz de provocarnos el deseo de convertirlo en epitafio de nuestra tumba o en epígrafe de nuestro texto” (p.12).

El aforismo es doblemente meritorio pues, por un lado, expresa la idea, con posibilidad de desarrollarse *in extenso* ocupando muchas palabras, y por otro, precisa de una doble atención por parte del forjador de la frase aguda, pues se encuentra obligado a expresar en unas cuantas líneas lo que, de otra manera, se diría en muchas páginas. Esta manera aforística de decir las cosas, amén de que precisa una atención más depurada tanto del

autor como del lector, puede constituir el cristal por el cual se devela lo paradójico o irónico de la vida cotidiana. El texto aforístico requiere de lectores despiertos, pues ha sido animado por el *élan* vital; un espíritu alerta.

Si nos preguntamos qué es el ahora, nos situamos en la cima de su sentido. Este hecho es ya descubrirnos en un momento entre la vida y la muerte; es el instante vivo que nos anuncia la vida y nos promete la muerte. ¿Qué es la vida? Un instante entre el nacer y el morir.

Cierto día un niño, con su sencillez e inocencia dijo a los presentes, jactanciosos de sabiduría, al hablar sobre la muerte: creemos que estar muerto es lo mismo que hacíamos antes de nacer. Estas palabras fueron vanas, pobres e inútiles; sólo sirvieron para regañar al niño, antes de ser enviado a dormir sin merendar.

Este es el discernimiento que, a primera vista, nos causa la lectura de *No sólo del sentido común vive el hombre*. Y no sólo a primera vista, sino durante toda la lectura hasta el final. Efectivamente, el trasfondo de todo el texto es el momento entre el nacer y el morir; es curioso, al querer hablar de la vida, la muerte se hace presente inevitablemente, por eso no es posible hablar a solas con la vida. Luego así, el nacer y el morir no son dos cosas indiferentes ni diferentes, son momentos de un instante, del tiempo de la existencia humana.

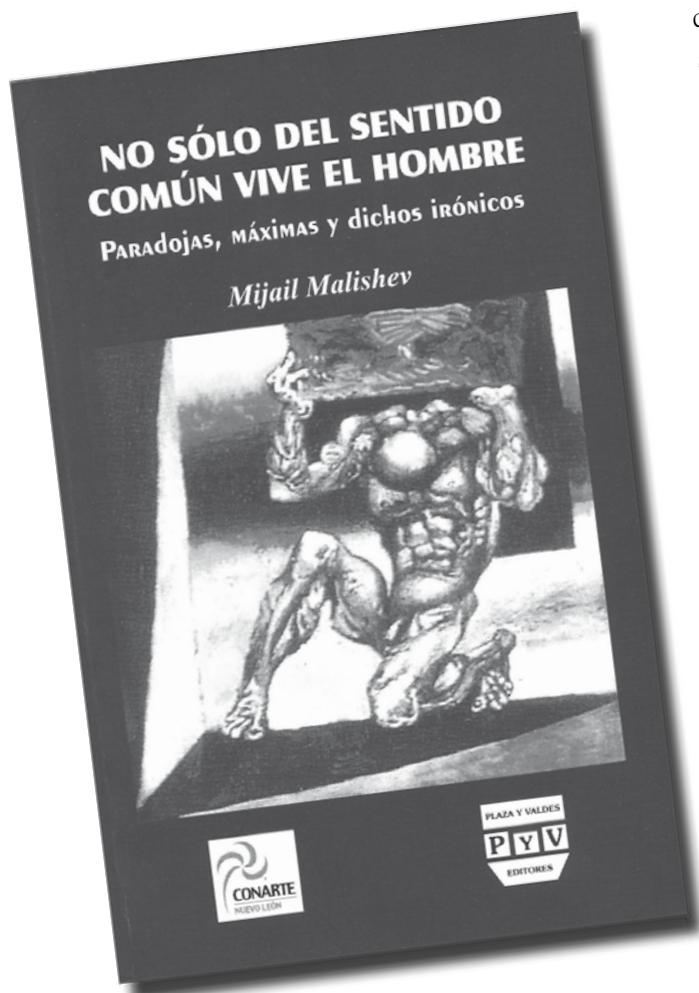
El texto está dividido en siete capítulos, cada uno abarca una serie de aforismos. Esto nos conduce por caminos diferentes, pero todos convergen a un mismo lugar: el sentido del instante entre el nacer y el morir. Ahora bien, no son caminos nada obtusos, son posibilidades para pensar, es decir, son brechas que invitan a reflexionar junto al autor. En otras palabras, las ideas aquí plasmadas son vías para movernos a pensar, y a la vez, nos llevan más allá de lo común; nos abren la posibilidad de decir aquello aún no pensado; nos conducen por los senderos de la meditación hacia aquello

jamás vislumbrado antes, hallando así nuevos sentidos del instante entre el nacer y el morir.

La primera vía es denominada “Tiempo y destino”; es un monólogo entre la vida y la muerte. Llamen la atención algunos aforismos respecto al uso de medicamentos ante la muerte, este es un tema de nuestro tiempo: “Antes del uso de los analgésicos, la conciencia del moribundo se diluía en su dolor. La anestesia moderna, al quitar el dolor, elimina de la conciencia del moribundo la idea de que está muriendo” (p. 20). “Con la invención de los analgésicos morir dormido, este sueño milenarío se ha hecho realidad. Por fin el hombre se liberó del terror de la agonía del morir sin acercarse al otro sueño: aliviar la zozobra ante la preocupación del existir” (p. 25-26). Nos preguntamos si ¿caso con ellos estaremos llegando al momento de depender de todo tipo de medios artificiales para subsistir? Tan lejos hemos llegado que, hoy en día, podemos desconocer la naturaleza originaria, para suscitar en nuestra vida un confort tan grande que ni siquiera tenemos el valor de morir.

En uno de sus aforismos el autor refiere: “La eternidad es un presente que no precede al futuro ni emana del pasado” (p.17). Detrás de semejante sentencia se pretende atisbar la noción de eternidad, desde la diferencia respecto al tiempo. Además, el tiempo, de acuerdo con el autor, no puede desarticularse en su secuencia y en su estructura; por el contrario, justamente en el proceso de su secuencia es que la forma del tiempo devela su estructura dinámica. El instante sería una suerte de imagen o símil de la eternidad, entendida como síntesis permanente del proceso, es decir, como eternidad permanente.

No es gratuito que en el claro de lucidez del autor exclame una sentencia como la siguiente: “Un día ya no estaremos y sin embargo, nos importa quienes somos; incluso tratamos de acrecentar la razón de nuestro ser, sabiendo un día que ya no seremos” (p. 20). Este aforismo



Mijail Malishev, *No sólo del sentido común vive el hombre*, México, CONARTE-Plaza y Valdés, 2008, 170 pp.

posee una carga enorme de sentido, pues la preocupación por el tiempo inmediatamente nos conecta con la noción de muerte y, curiosamente, nos exhibe la paradójica condición de la existencia, la cual describe en su empeño una figura parabólica; circunscrita entre el nacimiento y el ocaso.

El hombre que ha asimilado la idea de la muerte, se aferra a su compromiso con la vida mientras dura la existencia; quiere conquistar el mundo, pese a la desgracia de su condición. El hombre desea incrementar su ser pese a la

certeza de la muerte. Ésta, en verdad, es una situación paradójica pues, simultáneamente, amanecen en el hombre dos tendencias: una le arroja hacia el despliegue de sus potencialidades, y otra, le señala la condición finita y limitada de su ser.

En otra parte, el autor agrega: “A veces tomamos los asuntos urgentes como importantes y dejamos los asuntos importantes para tiempos mejores que nunca llegarán” (p. 23). De esto último se puede inferir lo siguiente: No debemos dejar para mañana lo que se puede hacer hoy; es preciso aprovechar el tiempo hasta el último momento. A la vez, esta sentencia nos llama al orden, es decir, debemos distinguir entre lo importante y lo inmediato; lo inmediato no necesariamente es lo importante; como tampoco lo importante es lo inmediato. La estructura de la existencia se encuentra trazada en la secuencia de las cosas importantes, y las cosas urgentes constituyen una somera aproximación.

El segundo capítulo “Antinomias de la esperanza” se inicia con la siguiente frase: “La esperanza es como un Ave Fénix: el pasado lo mata y el futuro lo resucita” (p. 47). La esperanza es la única posibilidad cuya realidad la agota; es decir, cuando la espera termina, la esperanza se diluye. El término de la espera significa que lo esperado llegue o no. Lo más importante en esto no es su llegada, sino los motivos para hacer de este instante una metáfora eterna de nuestra existencia. Y sólo la monotonía de no esperar nada nos conduce a la ruina, al abandono, tal como los vestigios arqueológicos de nuestros antepasados, los cuales, para nosotros, tienen en realidad poco sentido, aunque nos movemos al encontrar en ellos un cúmulo de interpretaciones.

“La esperanza es un agente del futuro en el presente, la cual nos otorga un

goce anticipado, aunque no siempre esté justificado” (p. 66). Y aún más: “Quien no espera ya nada del futuro, no le queda más que la monotonía del presente o la nostalgia de los acontecimientos placenteros del pasado” (p. 68). ¿Es nuestro tiempo histórico un momento de esperanza? Ésta se ha reducido a la espera artificial de los acontecimientos determinados: la agenda mundial está marcada; la esperanza es sólo la espera burocrática de los acontecimientos planeados; no hay lugar para algo nuevo. La caja de Pandora se ha cerrado y con ella la esperanza, salida de sus entrañas; ésta ahora se compra, se hipoteca y se subasta, a cambio de la ruina de lo humano.

La tercera parte es llamada “Sentido de ilusiones”. ¿Cuál verdad? ¿Son acaso falsas verdades? Nos atormenta no saberlo. ¿Acaso eso es ya una verdad? Ésta es un juego para entretener el instante de la existencia: “El sofista no sólo nos ‘convence’ de que los cuervos son blancos, sino que nos ‘demuestra’ que los cuervos negros no son cuervos” (p.73). Cuán cara ha sido a los seres humanos la verdad, cuando al final la depositamos en la tumba de su falsedad. “Soñamos algo extraordinario y pensamos que es necesario comunicarlo a nuestra madre. Luego despertamos y recordamos que ella murió hace muchos años” (p.73). La verdad es una burbuja en el agua; apenas la queremos tomar se diluye en ella; es una ilusión, un espejismo disuelto en el trasfondo de la metáfora. Y qué bueno que sea una ilusión; de haber verdades eternas sin esta forma seríamos piedras de ruinas arqueológicas. Bendita ilusión: “La fantasía es la única ‘mentira’ que enriquece la realidad y no humilla la verdad” (p. 83). La muerte es una ilusión porque, en realidad, en vida no sabremos cómo es: “La muerte es irónica: nunca se presenta como la imaginamos. Cada moribundo, si fuera capaz de hacerlo,

podría exclamar: ‘¡Ah, desgraciada, es así como eres!’” (p. 80). De este tercer camino destacamos el siguiente aforismo: “Las experiencias que destruyen a las ilusiones sin acrecentar la cordura, mutilan el sentido de nuestro ser y nos llevan al vacío existencial” (p. 87).

El cuarto capítulo está dedicado a la fe. ¿La fe nos debilita o nos fortalece? Al hombre que espera todo sin confiar en nada, lo debilita; a quien, gracias a ella, cree en todas sus posibilidades y desarrolla sus potencialidades, sin depender en demasía de los demás, lo fortalece. “El débil confía en Dios, el fuerte confía en sí mismo, y además afirma que Dios confía en quien confía” (p. 94). Esa es precisamente la fe dada por Dios; el don que todo ser humano tiene desde el momento de su procreación. La fe no está más allá de nosotros mismos. No pidas fe, posibilitala en el instante del ahora: “Dios no responde a las oraciones en las cuales el creyente le pide lo que puede hacer él mismo. El silencio de Dios es la invitación al hombre a hacer el ‘milagro’ por sí mismo” (p. 97).

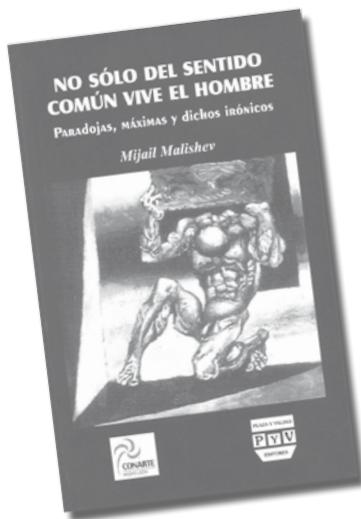
La quinta parte se refiere al reconocimiento y la vocación. En este sentido, hablamos de la dignidad, tan solicitada en nuestro tiempo. La dignidad es el diálogo entre el hombre y el mundo; ser-en-el-mundo es una tarea, el trabajo esencial del hombre: icumplirlo es construir su dignidad! “Soy lo que soy, lo cual no es garantía de que llegue a ser lo que soy capaz de ser” (p.120). La dignidad se gana con el hacerse-humano, en ese sentido, quien no entiende la ajena no puede reconocer ni ser responsable de la suya. “El hombre es una partícula del universo, pero no podría existir sin considerarse como el centro de su microcosmos” (p.108). Sin embargo, la muerte es irónica: quita implacablemente las máscaras de los méritos falsos, por eso “no todos los clásicos contemporáneos soportan la prueba del tiempo. Frecuentemente, la

muerte les baja de rango o les quita el título” (p. 110).

El sexto capítulo nos invita a pensar los añicos morales; para qué tanta moral, si vivir es “ya” un deber. La moral no es un conjunto de normas y principios, es la luz que nos ilumina el camino del instante. Cada ser humano es su propia luz, pedir prestada la ajena significa ver lo que el otro quiere alumbrar y quiere hacernos ver: “El primer deber que tenemos que entender que sin deber no podríamos vivir”

(p.131). “Sólo los que encontraron su vocación piensan que el camino que sigue es el que merecen” (p.139).

El último apartado se refiere a las “Muecas del amor”. Platón dice que el amor es un anhelo insatisfecho, tal como el instante entre el nacer y el morir. La esencia del amor, en este caso el erótico, es la no concreción; lo demás es simple metáfora de lo que algún día quisimos y no pudo ser. Lo más importante en el amor es vivirlo, sentirlo hasta las entrañas de nuestro cuerpo, tantas veces como Cúpido nos fleche. Dichosos los humanos que sufren de esta rara enfermedad, sin elegir ni enamorarse ni de quien; “No existen recetas para amar o ser amado, ya que el amor es un misterio. Ni siquiera el mismo enamorado sabe por qué ama a su ser amado. Sólo siente



que le sucedió algo nuevo, algo maravilloso que no le permite vivir como antes. Pasa lo que en la religión se llama conversión o, en términos de Nietzsche, transmutación de los valores” (p.160).

Un aforismo logra su cometido, si quien lo escucha o lo lee se pone a pensar, pues al parecer, “obliga al hombre a pensar”. En esto coincidimos con el autor al afirmar que mediante el aforismo partimos del sentido común y salimos por un instante del mismo. El aforismo como chispa incendiaria, como rebelde dinamitero a la caza de hombres decididos a correr la aventura de la reflexión. Conceptos así, nos regala Mijail Malishev, como muestra de su deseo por motivarnos a pensar lo no pensado, más allá de lo “ya” común, obtuso y aburrido de la vida

cotidiana. De cada aforismo aquí expuesto se pueden entresacar múltiples



consecuencias, pues cada partitura posee un sentido y un gran peso intelectual; es como la entrega de un estuche que contiene una colección de herramientas y utensilios, a partir de los cuales se puede construir todo edificio. LC